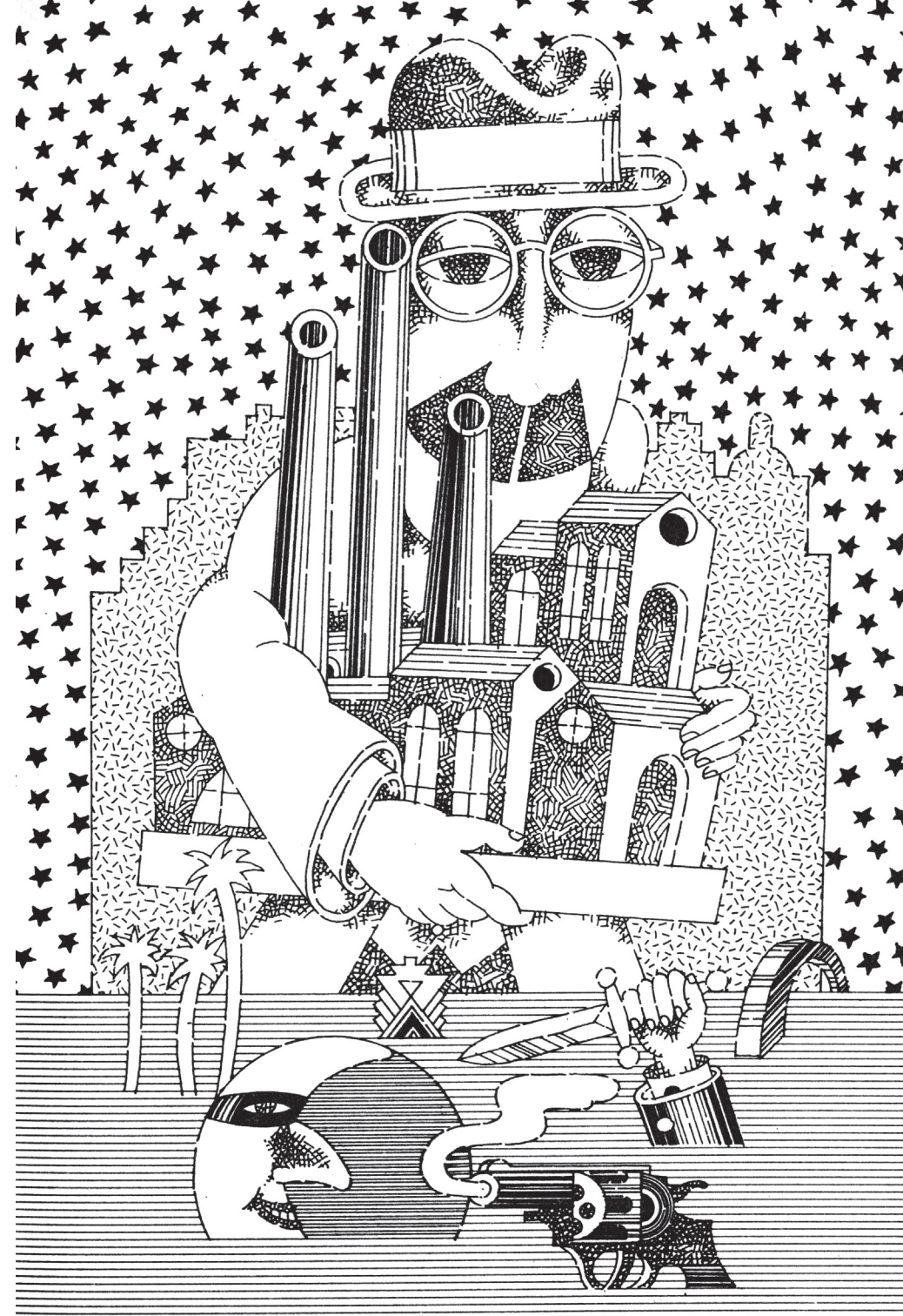


Cuando era joven nadie me habló de esto. Parecía que yo sólo valía para aprender un oficio o estudiar la carrera que me diese más dinero. Y, ya ves, con un truco tan sencillo como la fábrica en pequeño... Es como una máquina de inventar narraciones. Pero no es la única, hay otras muchas, casi cualquier cosa puede serlo».

Le sacó tanto jugo a su pequeña obra, que llegó un día en que creyó que ya había disfrutado bastante. En el fondo, se había cansado un poco y se daba por satisfecho con los buenísimos ratos pasados. Pero quiso efectuar una última ceremonia de homenaje a la fábrica derribada. Una despedida íntima, emocionada, entrañable. Lo decidió una tarde y esperó a que se hiciera de noche para llevarla a cabo.

Cuando se apagaron las últimas luces del vecindario y la calle estuvo solitaria y en calma, bajó furtivamente hacia el solar armado de una pala y con la maqueta bajo el brazo, tapada con un trapo oscuro. Aprovechando una brecha de la tapia, se introdujo en el terreno temblando ligeramente. Temía ser descubierto y verse obligado a





El juego del hombre-mosca

Colocándote unos zapatos poderosamente imantados, puedes caminar por las paredes y el techo de un gran salón metálico, experimentando la curiosa sensación de ver las cosas boca abajo o de lado.

Y todavía tenía el parque muchas otras maravillas. Al inventarlas y al construirlas se había hecho un colosal esfuerzo para proporcionar a los visitantes sorpresas y emociones que despertarían todas las capacidades de creación y de diversión que tenemos las personas.

Pero volvamos a los dramáticos acontecimientos de aquel día.

Mientras yo continuaba visitando las atracciones a toda velocidad, los restantes miembros del equipo completaron el registro. El reconocimiento de barracones, atracciones y mecanismos no había dado fruto alguno. Y, para acabar de complicar las cosas, un nuevo acontecimiento vino a agravar la situación.

Fue descubierto un mensaje que colgaba de la boca del juglar (sí, la gran cabeza que fabricaba cuentos). Al principio creímos que uno de los papeles que la máquina expulsaba se había salido indebidamente. Pero cuando el texto estuvo en nuestro poder y pudimos leerlo, el desánimo cundió en todos. Decía así:

«Es inútil toda búsqueda. Nunca podréis encontrarme, aunque estoy en el parque y muy cerca de vosotros. Os doy quince minutos de plazo para cumplir mis órdenes. De lo contrario, Giorgio morirá.